

LO QUE vamos a relatar sucedió en Hannover alrededor del año 1750. Un maestro de música luchaba para ganarse la vida y poder mantener a su familia integrada por diez personas. Uno de sus componentes, un muchacho inteligente y activo llamado William, había alcanzado un codiciado puesto en la banda real a la edad de catorce años. El jovencito se sentía cautivado por su posición de músico del ejército. Poseía un elegante uniforme y a la gente le agradaba escuchar la música que ejecutaba su banda, especialmente en los atardeceres veraniegos.

Pero un día se declaró la guerra entre Inglaterra y Francia. Como Jorge III de Inglaterra también reinaba sobre Hannover, los franceses avanzaron sobre este país. Entonces, para el muchacho se desvaneció la gloria de ser soldado. Era horroroso contemplar los resultados del conflicto. La pacífica campaña estaba transformada en una carnicería. Los muertos y los heridos yacían por todas partes; y el aire, antes puro, irritaba con el olor acre de la pólvora.

Por todas esas razones decidió desertar. Pero como desertor no podía permanecer con seguridad en su tierra natal. Por eso sus amigos lo trasladaron disimuladamente a Inglaterra. Cuando pisó sus costas tenía 19 años y era forastero en tierra extraña. Después de algún tiempo se instaló en la ciudad de Bath, donde fue nombrado organista de una iglesia importante, a pesar de la mucha oposición que debió afrontar. Su fama fue aumentando continuamente a medida que enseñaba música, daba conciertos y dirigía oratorios. Había estudiado teoría musical y este conocimiento fomentó su amor por la matemática, la cual, a su vez, lo llevó a interesarse profundamente en la astronomía. Pero un obstáculo le impedía dedicarse plenamente a ella: carecía de instrumentos. Sólo tenía un pequeño telescopio que había prestado de un amigo.

En aquellos tiempos los telescopios eran artículos costosos, que estaban lejos del alcance de su bolsillo. Pero no se dio por vencido, y aunque estaba muy ocupado, dedicó tiempo para construir uno. En realidad,



era una tarea enorme. En primer lugar, era necesario hacer un espejo de metal. Para ello había que combinar proporciones exactas de cobre y estaño. La mezcla producía una sustancia muy brillante, pero el menor apresuramiento o el más pequeño descuido podían echarla a perder instantáneamente. Luego había que fijar el espejo y pulirlo con precisión, pues cualquier irregularidad o el más pequeño defecto podían hacerlo inservible. Pero al cabo de muchos esfuerzos quedó terminado.

Luego llegó un día en el que la paciente labor de William recibió una recompensa notable. Durante siglos los astrónomos habían reconocido solamente la existencia de cinco planetas, además del nuestro: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno. El transcurso de los años no había aumentado el conocimiento de los hombres en este aspecto. Pero cierta vez, mientras exploraba los cielos,

nuestro músico observó que, a gran distancia, casi en los límites mismos del sistema solar, brillaba una estrella. Le llamó la atención, porque parecía moverse y, sin embargo. . . ¿Podría ser él el descubridor de lo que los avezados ojos de otros astrónomos no habían logrado percibir hasta entonces: la existencia de otro planeta?

Temblando de impaciencia abandonó sus obligaciones de músico. Siguió observando esa "estrella" noche tras noche mediante su telescopio hasta que pudo corroborar más allá de toda duda la autenticidad de su descubrimiento. Entonces se atrevió a darlo a conocer. El ilustrado mundo científico quedó impresionado y sorprendido. De la noche a la mañana el nombre de Herschel y su descubrimiento llegaron a ser términos familiares. Muy pronto comenzaron a comunicarse con él muchos personajes importantes, hasta tal punto que su fama

EL DESERTOR Y EL REY

G. E. Youlden

como astrónomo superó a la de todos los demás.

Luego llegó el día en que el mismo rey lo llamó a su presencia. De modo que Herschel, tomando su preciado telescopio, partió hacia la corte. En ese viaje lo acompañó su hermana Carolina, quien había registrado fielmente por escrito las observaciones del astrónomo. En algunas ocasiones, las noches en que debía escribir eran tan frías que la tinta se helaba en su pluma. William era ahora un hombre famoso. Fue recibido con gran pompa e introducido en los aposentos reales.

Pero había olvidado una cosa. Podía ser un músico notable y un afamado astrónomo, pero también era un desertor del ejército de Su Majestad! ¿Cómo iba a ser recibido? ¿Cómo lo iba a tratar el rey? Ningún descubrimiento que Herschel pudiera hacer en el cielo o en la tierra podría anular la realidad de su desertión y la pena que ella implicaba.

Cuando se presentó ante el rey, éste le entregó un papel sin pronunciar una sola palabra. Asombrado, Herschel lo abrió y lo leyó. Allí, de puño y letra del rey, figuraba su perdón. Sólo entonces el soberano pudo recibir al astrónomo. Así una vez satisfecha la justicia, el rey pudo prestar atención al relato que Herschel le hizo de su descubrimiento. El astrónomo propuso que, en honor del rey, el planeta se denominara "Georgium Sidus". Hoy lo conocemos con el nombre de Urano.

Después de haberlo perdonado, el rey le concedió sus favores nombrándolo astrónomo real. Pero aquí no acabaron sus privilegios. También iba a vivir cerca del palacio real e iba a ser dueño del telescopio más grande conocido hasta ese entonces y que fue construido para su uso exclusivo. Y para que las honras fueran completas, el rey también lo nombró caballero. Desde entonces fue conocido como Sir William Herschel.

Aquí termina nuestra historia. Pero lo mismo que le ocurrió a Herschel puede suceder nos a nosotros. Si nos acercamos a nuestro Dios recibiremos dones semejantes, pues el Señor es quien "perdona todas tus iniquidades" y "te corona de favores y misericordia" (Salmo 103: 3, 4). =

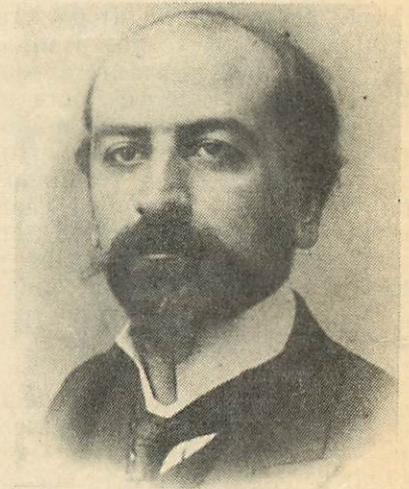
"Ah, comprendo que El
es la Vida Eterna.
Oh, Verdad Infinita,
acéptame también
entre tus siervos."

HACE pocos días, con el propósito de conseguir algún testimonio en cuanto a la personalidad literaria del hombre cuyo nombre encabeza este artículo, me dirigí a la oficina del diario *Armenia*, publicado por la colectividad armenia de Argentina.

El responsable del mencionado diario, el Sr. Pedro Hachián, me recibió muy amablemente, y buscó en la biblioteca un libro titulado *Un Siglo de Literatura*, obra del Sr. Minas Tolelián, que en el tomo 1, página 576, dice lo siguiente de Dirán Chirakián: "Chirakián tuvo pasta de artista. Como hombre y como artista se destacó en su ambiente y en su tiempo. Su libro *Nerashjar* (Mundo interior) es una búsqueda del bien, de lo bello, y de la verdad. Nadie en nuestra literatura ha podido ser y permanecer a través de su obra como 'Indra' (su seudónimo). *Noyastán* (Bosque de cipreses), otro de sus libros, es dentro de nuestra literatura una de las obras más preciosas".

Un periódico armenio, publicado en los Estados Unidos, dijo lo siguiente:

"Dirán Chirakián era una de las personalidades más interesantes entre los autores armenios. Desde joven mostró profunda inclinación hacia el misticismo, inclinación que fue especialmente impresionante y apasionada en su primera producción literario-filosófica titulada *Nerashjar* (Mundo interior). Publicó asimismo una colección de hermosas poesías bajo el título de *Noyastán* (Bosque de cipreses)."



Este es el rostro del poeta armenio cuyas obras, *Nerashjar* (Mundo interior) y *Noyastán* (Bosque de cipreses), son consideradas de gran valor en el campo de la literatura armenia.



Dirán Chirakián poeta y mártir

Jacobo Beredjiklián

“Pero es de lamentar que este grande e interesante hombre, que era al mismo tiempo uno de los mejores profesores de Constantinopla, abandonase gradualmente su actividad literaria y se dedicase a predicar doctrinas religiosas. Ello se debió a que empezó a considerar el arte y la literatura como cosas demasiado terrenales comparadas con la predicación de la Palabra de Vida. Después de haber trabajado algunos años en Estambul como predicador adventista, fue a Iconio con el mismo propósito. Pero fue acusado de haber predicado una nueva religión y acabó desterrado”.

JUVENTUD

Estos fueron algunos de los tantos comentarios que se hicieron acerca de la “muerte” de Chirakián como literato y también como destacado pintor. Se ha mencionado que en su juventud fue un místico y de esa época data su colección de poesías *Noyastán*. En una de ellas expresó:

“Mientras contemplo las
heridas
destructoras del Error
Maligno,
en la senda espinosa y muda
donde la religión de la Ley
dice:

‘Ah, comprendo que El es
la Vida
Eterna’. Oh, Verdad Infinita,
acéptame también entre tus
siervos”.

Pero más tarde aquel anhelo hacia la Verdad Infinita fue ahogado por las filosofías ateas, a tal punto que llegó a ser agnóstico. Ya no creía en Dios.

Cierto día se fue de visita a la casa de unos amigos, quienes se divertían en una sesión espiritista. Hacían preguntas a una mesa y ésta contestaba con los golpes de sus patas. Los amigos invitaron al poeta a participar de la sesión, pero él rehusó, diciendo:

—No, yo no creo ni en Dios ni en el diablo.

—En ese caso —le dijeron—, nosotros preguntaremos por Ud.

Acto seguido, ordenaron a la mesa que dijera cuánto dinero

tenía el Sr. Chirakián en su bolsillo. Contaron los golpes que dio la mesa. Luego el poeta contó su dinero que, efectivamente, coincidía con la cantidad señalada por los golpes. Nuevamente ordenaron a la mesa que marcara la edad de Chirakián. El poeta oyó tantos golpes como los años de su edad. No había dudas: existían poderes sobrenaturales.

Algunos días más tarde, al caminar por una avenida, vio la propaganda de una conferencia que sobre la existencia de Dios iba a dictar un misionero adventista suizo.

Impresionado como estaba por la sesión espiritista a la que había asistido, entró y escuchó con mucho interés al conferenciante, quien en forma clara expuso los argumentos que demostraban la existencia de Dios. El poeta salió convencido de que existen poderes malignos sobrenaturales y un Dios de amor. En los años de su juventud su espíritu de poeta había cantado: "Ah, comprendo que El es la Verdad Eterna. Oh, Verdad Infinita, acéptame también entre tus siervos". Aquella Verdad Eterna, Dios, escuchó su súplica y lo aceptó como uno de sus siervos. Desde aquel día se propuso dedicar su vida a servir a Dios. Por un tiempo buscó la verdad en las páginas de la Biblia, la estudió profundamente. Más tarde entró en las filas de los que han dedicado su vida a predicar el Evangelio.

Ocupado en esta misión se fue a Iconio, donde fue arrestado. Ninguna de las veces que Chirakián fue llevado de la prisión al tribunal de juicio permitió que lo interrogaran sin haber orado antes. Comúnmente, la sala del tribunal estaba llena, y los jueces acostumbraban a guardar silencio con todo respeto mientras el Sr. Chirakián oraba. Defendía su causa con la Biblia en la mano. Los periódicos locales hablaban de su encarcelamiento y juicio. Después de un mes de prisión y juicio fue considerado inocente de todo delito contra el gobierno turco, pero se lo halló culpable de haber predicado una nueva religión y formado una iglesia nueva. Por lo tanto, se lo condenó al destierro y el 14 de abril de 1921 se lo condujo encadenado a Nigde. De allí fue enviado a Parsama juntamente

con otros condenados. En este lugar se llevó a los prisioneros a un lugar apartado donde se los despojó de cuanto dinero y posesión tenían. Después de esto tuvieron que viajar a pie. El viaje a Kaiserie (Cesarea) les requirió nueve días y emplearon diez más para llegar a Sivaz. Luego hubieron de ir todavía hasta Hekim Khan, donde se los torturó despiadadamente. Aquí Chirakián dirigió a sus compañeros de infortunio un sermón exhortándolos a tener paciencia y fe.

Antes de entrar en Málata hallaron a un muchacho armenio a quien Chirakián entregó una carta dirigida a los armenios de ese lugar. Después de poco tiempo algunas mujeres se acercaron a las rejas de la prisión a fin de ver a los reclusos, pero los guardias las hicieron retirar. Pero no se desanimaron. Se dirigieron al jefe de policía y solicitaron permiso para ver a los desterrados y llevarles alimentos. Así que, una vez obtenida la venia, se apresuraron a llevar a la cárcel gran cantidad de *pilau* (cierta comida preparada con arroz), queso, pan y cebollas.

Después de una estadía de 24 horas en esa localidad, cruzaron el río Eufrates, y llegaron de noche a Tutlú-Khan, donde cada uno de ellos fue obligado a entregar una pieza de vestir a cambio de pan. Algunos cayeron enfermos, pero los guardias no estaban dispuestos a dejarlos, pues tenían especial cuidado de que el número de los hombres entregados a su custodia fuese completo al llegar a la estación terminal. A los que no estaban enfermos se los obligó a llevar a cuestras a los que lo estaban.

El trecho desde Tutlú-Khan hasta Diarbekir fue extremadamente penoso y lleno de contratiempos. Una vez llegados allí, los guardias compraron algunos panes negros a cambio de los cuales los desterrados debieron entregar todo el dinero que llevaban. Aquí Chirakián cayó enfermo con mucha temperatura y quedó completamente imposibilitado para andar. Pero a pesar de todo se lo obligó a seguir adelante. Los compañeros de viaje lo llevaron en hombros por turno hasta el río Tigris, que atravesaron en un bote.

Después de haber viajado días y días en esa forma, es decir, llevando a Chirakián unas veces a cuestras, otras en una camilla de madera que hicieron con ese objeto, llegaron a un pueblo llamado Markeli para continuar el viaje al día siguiente. Viendo que no podían seguir conduciendo a Chirakián de la manera en que lo hacían, pidieron a uno de los guardias que les permitiera ponerlo sobre su caballo. Después de muchos rodeos el guardia aceptó a cambio de dos liras turcas de oro. Pero, ¿cómo conseguir ese dinero? Tras nuevas súplicas y peticiones el guardia accedió a que le pagaran con la ropa de Chirakián. Así es como el enfermo fue despojado de su abrigo y su cinto.

Chirakián estaba tan débil que no podía guiar el caballo. Lo ataron a la montura. Así caminaron tres horas más hasta que llegaron a un río donde lo bajaron para descansar sobre el pasto. Después de un corto descanso el enfermo volvió sus agonizantes ojos a sus compañeros. Los exhortó a que se amaran los unos a los otros y tuvieran fe en el Señor, luego de lo cual exhaló su espíritu. Eso sucedió el viernes 8 de julio de 1921.

En vano imploraron los demás desterrados que se les permitiera sepultar en ese lugar a su compañero muerto. Los guardias no estaban dispuestos a dejar que disminuyera "el número" de los que habían sido entregados a su cuidado, no importaba que estuvieran vivos o muertos. Así que siguieron el viaje llevando el cuerpo muerto hasta Silván y después de que los testigos firmaron que Chirakián había muerto de muerte natural se dio autorización para sepultarlo. El cuerpo de Chirakián descansa a la orilla derecha del puente de Silván. Dios lo aceptó también entre sus siervos.

No sabemos cuántas obras poéticas y de qué calidad hubiese producido este hombre si la muerte no hubiese tronchado tan pronto su vida. Indudablemente habrían sido de una profundidad y belleza mayor que su obra anterior, puesto que la vida tenía para él un nuevo significado y un destino glorioso. Estaba seguro de su esperanza y del amor de Dios. =



“Comencé
a disparar y
maté a dos...
Lassie fue
uno de ellos”.

EL REGRESO DE LASSIE

Douglas Cooper

LA MAYORIA de mis compañeros de clase eran esquimales. Vivían en un sector del pueblecito que quedaba frente a nuestra casa, pero para llegar a ellos era menester cruzar el lago. Como la distancia era considerable sus padres a veces los llevaban a la escuela en trineos arrastrados por perros. Eso sucedía especialmente cuando hacía mucho frío. (En Aleknagik no pensábamos que hacía frío a menos que la temperatura fuera inferior a 15 grados bajo cero.) Yo envidiaba un poco a mis amigos porque

podían ir a la escuela en trineo. Llegaban por la mañana arrastrados por un grupo de cinco o siete enormes huskies. Los perros iban atados al trineo en parejas dispuestas una detrás de la otra y llevando al frente un perro guía. Los perros guías siempre me impresionaban, pues entendían las órdenes de torcer a la derecha, a la izquierda, o de detenerse.

Lassie, mi perro, a veces arrastraba mi trineo, pero sin demostrar jamás gran interés en mis órdenes, ¡y mucho me-

nos cuando topaba con el rastro reciente de algún conejo!

Mis amigos venían a la escuela vestidos con *parkas*, chaquetas de piel de ardilla provistas de capucha, y calzados con *mukluks*, especie de botas de cuero de foca. Las pieles los resguardaban del frío cuando viajaban en trineo o venían a la escuela caminando sobre el hielo.

Yo siempre iba a la escuela a pie, aun en los días más fríos, porque vivía más cerca de ella que la mayoría de mis compañeros.

Después de una nevada debía ponerme esquíes, o zapatos para la nieve para evitar caer en algún hoyo. Los 400 metros que separaban mi casa de la escuela blanca podían resultar muy largos cuando la temperatura era inferior a 25 grados bajo cero y soplaban viento norte. ¡Puedes estar seguro de que no me entretenía por el camino aunque no tuviera ganas de llegar!

No recuerdo demasiado las cosas que aprendí en la escuela. En cambio, no puedo olvidar cómo nos divertíamos en los recreos y durante el mediodía. Apenas acababa una clase nos poníamos las *parkas* y salíamos corriendo al exterior.

Edificábamos fortalezas y excavábamos túneles o pasajes secretos en los montones de nieve que se habían acumulado. A veces hacíamos carreras de trineos para ver quién podía bajar más rápidamente la colina y recorrer la mayor distancia posible sobre el lago helado. Cuando hacía más "calor" (alrededor de -20°) la nieve se volvía algo más húmeda. En esa condición estaba a punto para ser amasada en bolas y empleada como arma de guerra. Todos participábamos de este juego. Cuando alguno era alcanzado por un "disparo" del bando enemigo, debía abandonar las filas y permanecer a un lado hasta que terminara la batalla y empezara otra. En primavera y verano no nos cansábamos de jugar al *mi-atchi*. Era una variedad esquimal del béisbol que jugábamos con una pelota de goma y un viejo leño que hacía las veces de bate. Pero no teníamos idea de lo que eran las pelotas de béisbol o los guantes de catcher.

Sabía bastante del idioma de mis amigos como para conversar con ellos, especialmente cuando discutíamos algo que no queríamos que la maestra entendiera.

Nuestros juegos no acababan con el día de clases. A veces dejábamos grabadas en el hielo brillante del lago las huellas de nuestros patines. En otras ocasiones quedaba impreso el rastro de nuestros esquíes sobre la nieve recién caída en las colinas.

Mis amigos vivían lejos de mi casa y debían regresar a sus hogares antes de que oscureciera. Por esa razón, muchas veces me dedicaba a esos juegos sin otra compañía que la de mi fiel amigo Lassie.

Siempre me esperaba para recibirme cuando yo volvía de la escuela. Me daba una calurosa bienvenida saltando, ladrando, corriendo en la nieve a mi alrededor y lamiendo mis manos enguantadas. Apenas acabadas mis tareas domésticas —como las de palear la nieve o acarrear la leña— salíamos a correr fuera de casa.

Lassie me acompañaba aun cuando me iba a esquiar. Me corría a lo largo de las colinas y a veces rodaba hundiéndose en la nieve de tal modo que sólo quedaban afuera el penacho de su cola y la punta de su hocico negro.

También me seguía cuando iba a patinar. Resbalando y cayendo, Lassie pasaba momentos de mucho apuro cuando quería correr por la superficie cristalina del lago y mantenerse sobre sus cuatro patas. Muchas veces acababa en el fracaso y perdía todo dominio sobre sus miembros quedando echado en el hielo cuan largo era. Pero volvía a levantarse meneando la cola y dispuesto a probar una vez más.

A Lassie le gustaba acompañarme al correo que funcionaba en una cabaña de troncos. La empleada que lo atendía tenía un perro llamado Spotty que no se llevaba bien con el mío. Lassie, tremendamente fiel a su amo, suponía que todo movimiento de Spotty estaba cargado de amenazas contra mí. Spotty creía que la presencia de Lassie en el correo constituía una invasión de su territorio. Estos sentimientos hostiles estallaban de vez en cuando en furiosas peleas. A menudo, algunas personas mayores tuvieron que salir apresuradamente del correo para separarlos en tanto que yo permanecía a un lado, observándolos temeroso e impotente.

Lassie parecía sentirse vencedor en todos esos encuentros. De regreso a casa iba trotando a mi lado y, a veces, arrastrando un pequeño trineo cuando recibíamos alguna encomienda.

Marchaba lamiéndose las heridas, pero levantando orgullosamente la cola según el tradicional estilo husky.

Cierto día, inolvidable para mí, salí de la escuela para dirigirme a casa tan feliz y despreocupado como todos mis compañeros. Había comenzado la primavera, que es la época más hermosa del año en Alaska occidental. Los días eran más largos. Cuando acababan las clases todavía había luz, cosa que no sucedía durante el invierno. Todas las tardes, antes de que se pusiera el sol, tenía tiempo para hacer algo fuera de casa.

Mientras caminaba por la senda trazada en la nieve endurecida pensaba en llegar pronto a casa para ponerme los esquíes y salir a dar una vuelta con Lassie por las colinas.

En cierto momento eché una mirada hacia adelante y vi que alguien se acercaba hacia mí. Parecía ser Samuel Fox, uno de mis amigos esquimales. Vivía a kilómetro y medio de mi casa, sobre la orilla del lago. Me agradaba encontrarme con Samuel porque éramos buenos amigos, a pesar de que él me llevaba varios años. A veces me permitía acompañarlo cuando iba a revisar sus trampas o a cazar cierta clase de aves parecidas a las perdices. En una oportunidad hasta me permitió guiar el equipo de perros de su padre.

Saludé a Samuel mientras se acercaba. Pero noté que su rostro no expresaba su alegría habitual. Le revelé mis planes y volví a emprender mi camino, pero Samuel me llamó. Estaba preocupado y parecía que le costaba decirme el motivo. Estuvimos detenidos en la nieve durante un largo minuto hasta que por fin mi amigo se decidió a hablar.

—Tengo que decirte algo desagradable —dijo y volvió a callar.

Atemorizado por esa declaración, le rogué que continuara, pero parecía incapaz de hacerlo. Entonces me di cuenta de que sólo estaba tratando de encontrar las palabras más amables de mi idioma, pero que ese ejercicio le resultaba difícil. Por fin comenzó, y dijo:

—Hoy apareció sobre el lago, frente a nuestra casa, una ma-

nada de perros salvajes. Eran los mismos que habían causado tantos problemas en nuestro pueblo, como tú sabes. Han estado robándonos la carne y atacando a nuestros perros. Hoy se acercaron a casa y pelearon con los perros de mi padre. Los descubrí cuando devoraban su comida. Grité para espantarlos, pero no me prestaron atención. Entonces volví a casa para buscar mi escopeta. Cuando regresé, los vi corriendo por el lago. Comencé a disparar y maté a dos.

Samuel se detuvo nuevamente. Lo insté a que continuara. No podía imaginarme por qué estaba tan apenado por su acción. Los esquimales generalmente no tratan mal a sus perros, pero tampoco les demuestran mucho afecto. Yo estaba seguro de que Samuel no se sentía afligido por lo que se había visto obligado a hacer. Entonces, ¿por qué vacilaba de ese modo?

Mi amigo volvió a meditar en las palabras más adecuadas. Por fin inspiró profundamente, y dijo:

—Lassie estaba en ese grupo de perros malos. Sé que nunca anduvo en compañía de ellos, pero hoy, sin embargo, los ha seguido. Yo no sabía que estaba con ellos. Ni siquiera me di cuenta de que estaba en el grupo.

Samuel volvió a callar y yo volví a insistirle que hablara.

—Lassie fue uno de los perros que maté. Estoy muy apenado por eso, amigo.

Samuel jamás había mantenido un compañerismo tan estrecho con un perro como yo con Lassie. En su casa siempre había muchos perros que constituían el equipo de su padre. Samuel los consideraba como bestias de carga y como un estorbo, especialmente en verano. Había que bañarlos, alimentarlos y emplearlos para el trabajo y los viajes. Pero su existencia y su servicio se daban por sentados. En varias ocasiones Samuel se había maravillado al comprobar el trato que yo dispensaba a Lassie. Y también había quedado muy sorprendido al comprobar el afecto que me demostraba mi perro.

**“Hoy apareció
sobre el lago,
frente a nuestra
casa, una
manada de
perros salvajes”.**



No comprendía cómo se podía tratar tan amablemente a un animal y aceptarlo como un miembro más de la familia. Samuel se espantó cuando vio que mi padre llegaba al extremo de construirle a Lassie una casilla bien aislada que lo protegiera de los fríos del invierno. Mi amigo jamás había visto tal cosa. Sus perros permanecían a la intemperie aun en las épocas más frías.

Aunque Samuel no podía comprender el afecto que yo sentía por mi perro, ni entendía cuánto significaba Lassie para mí, sin embargo conocía mis sentimientos. Por eso le costó tanto referirme esa noticia tan dolorosa.

Apenas acabé de oír su relato, perdí todo interés en la dignidad que me conferían mis diez años, dignidad que siempre me esforzaba en conservar delante de mi amigo mayor, y me eché a llorar.

La idea de haber perdido a mi querido Lassie, a mi amigo y compañero me resultaba insoportable y me conmovió profundamente. Precisamente esa mañana, sólo unas pocas horas antes, mi perro me había acompañado hasta la escuela. Cuando nos separamos Lassie inició el camino de regreso a casa.

En medio de mis lágrimas le dije a Samuel que debía haber algún error. Lassie nunca se había unido a ningún grupo de perros. ¿Habría sido él verdaderamente el que formaba parte de aquella jauría?

Samuel me aseguró que no le cabía ninguna duda. Me explicó de qué modo se acercó a los perros después de haberles dado muerte, y cómo descubrió, consternado, que uno de ellos era el mío. Quiso salvarle la vida, pero cuando lo observó con más detenimiento comprobó que había muerto instantáneamente.

En su afán de consolarme como mejor podía y de demostrarme su gran aflicción, Samuel me tomó del brazo con su mano enguantada, y me dijo:

—Yo me he encargado del cuerpo de Lassie en tu lugar. Lo llevé hasta unos árboles y lo sepulté profundamente en la nieve así como lo hubieras hecho tú.

No estaba enojado con Samuel. Comprendí que todo había sido consecuencia de un accidente. No podía guardarle rencor a mi amigo. Pero temo haberle demostrado lo contrario, pues sin prestarle atención me separé de él y corrí hacia mi casa por la senda nevada sollozando durante todo el camino.

Aunque ya han pasado muchos años desde esa ocasión, el recuerdo de la desesperación que me asaltó por aquella pér-

(Continúa en la página 26)

Un Descubrimiento Ho

RESUMEN DE LO PUBLICADO

En un arroyo de Borneo ha aparecido un cocodrilo blanco. Malik, hechicero dayak, afirma que es portador de una maldición. Para aplacarlo, Ladaj, el jefe, debe entregarle a su hija Nila. Puyi, misionero cristiano, intenta librarlos de su superstición, pero Malik lo echa. La gran fiesta celebrada por los nativos no logra desviar la maldición: Nila desaparece arrastrada por las aguas del Tatau cuando, junto con su padre, intenta amarrar un gran tronco llevado por la corriente. Unos cinco kilómetros río abajo Nila logra llegar a tierra firme. Pero se horroriza cuando reconoce el lugar: Malik ha pronunciado una maldición sobre él y desde entonces nadie se ha atrevido a llegar hasta allí. Su aflicción aumenta cuando en un arroyo cercano descubre la guarida del cocodrilo blanco. Finalmente, el recuerdo del Dios de Puyi le trae paz. En tanto, los guerreros de su aldea la buscan durante días infructuosamente. El cocodrilo blanco vuelve a aparecer, amenazante, y los aldeanos aseguran que viene a pedir comida. Cargan con alimentos una balsa y la echan a la deriva, pensando que así lograrán calmar a los malos espíritus. Puyi, que había ido a la aldea para consolar a Ladaj y a su esposa, ve toda la escena. Intrigado, sigue a la balsa con su bote y nota con asombro que el cocodrilo blanco la empuja con su hocico y la conduce hasta su guarida. Como ignora que Nila se encuentra cerca, Puyi regresa a la aldea de Ladaj, donde aún reinan la confusión y el temor.

LA MAÑANA siguiente a su arribo al arroyo Batú, Nila se dedicó a techar la otra mitad de su chocita. Mientras trabajaba, dirigía frecuentemente su mirada hacia el río. La única esperanza que tenía de poder salir de allí era que pasara algún bote y que sus ocupantes la vieran. Pero desde el día en que Malik encontró aquellos malos augurios en esa zona y la maldijo, los dayaks evitaban pasar cerca, y Nila lo sabía.

Además, su piel bronceada y su pollerita tejida de color castaño se confundían con la vegetación y no era posible que alguien pudiera distinguirla desde cierta distancia.

Después de haber ajustado en el techo la última hoja de palma, la jovencita se dirigió hacia la ribera del río. El agua había bajado y el banco de arena situado en el límite del arrozal abandonado de Malik había quedado al descubierto. Allí Nila vio las varas clavadas y las piedras que constituían el distintivo tabú de su tribu. Aterrorizada, corrió vivamente en dirección contraria. Por nada del mundo iba a pisar ese lugar prohibido. A nadie le estaba permitido tocar un tabú, excepto a aquel que lo había colocado, y Nila sabía que Malik siempre pronunciaba maldiciones tan abarquantas como le era posible. Se dirigió hacia su *lankau*, la choza que se hallaba junto al arrozal.

El tiempo de las lluvias marcaba la estación en la cual fructificaban los árboles de la selva, por lo tanto, Nila determinó seguir el curso del Batú en busca de árboles frutales. Le hacía falta un canasto, pero no lo había en ninguna parte



de la vieja choza. Al fin, se dirigió hacia el arroyo llevando como único elemento de carga su pollerita tejida.

Halló abundante fruta, pero ésta había crecido en la parte más alta de los árboles. Nila trepó a uno de ellos y llenó su pollera de una fruta de color rojo oscuro, muy sabrosa, llamada *rombotan*. Hizo cuatro viajes desde su choza hasta los árboles para aprovisionarse. Luego, segura ya de que tenía suficiente fruta para unos pocos días, se sentó y saboreó su segunda comida en la soledad del claro.

Al día siguiente, cuando Nila iba a bañarse, pensó que si llegaba hasta la desembocadura del arroyo podría ser vista por el ocupante de algún bote que pasara por el Tatau. Mientras se hallaba de pie sobre una roca chata, llegó a sus oídos un bullicio que le era familiar: los gritos de caza de su gente.

Horroroso en el Cañaveral



Nadando, vadeando y deslizándose entre las grandes rocas, Nila llegó finalmente hasta las raíces del árbol junto al cual había visto desaparecer al cocodrilo blanco. En el río y a buena distancia de ella, distinguió varias canoas que remontaban rápidamente las aguas. Los gritos de Nila no llegaron hasta sus ocupantes. Ellos mismos hacían demasiado bullicio y ni siquiera miraron en dirección de la niña.

Nila regresó al claro, extrajo las orugas que habían quedado en la otra mitad del tocón de palmera y se desayunó con ellas. Cuando se acercaba la tercera noche de su permanencia en la soledad, Nila miró con interés las palmas de sagú.

—Tendré que comerlo —dijo para animarse—. Pero no lo haré esta noche.

Al quinto día de su llegada al arrozal abandonado de la curva del arroyo Batú, Nila se levantó temprano, después de haber pasado la noche en vela. La hija del jefe tenía hambre a pesar de haber comido algunas frutas y bayas silvestres. Se dirigió al arroyo para tomar su baño matutino y miró por todos lados para descubrir si el cocodrilo blanco estaba por los alrededores.

Pero esa mañana no apareció ningún cocodrilo, y Nila regresó a su choza sintiendo más que nunca el peso de su soledad.

—Si debo vivir aquí mucho tiempo, podría hacer algunos recipientes de bambú para traer agua —dijo en voz alta.

Observó los alrededores para ver si hallaba algún grupo prometedor de dichas cañas. Había visto un gran monte de bambú altísimo cerca del río, pero se hallaba junto al banco de arena prohibido. Nila comenzó a preguntarse si el tabú del banco de arena comprendía también al monte de bambú. Estuvo meditando largo rato y llegó a la conclusión de que dicho grupo de cañas nada tenía que ver con el tabú. En consecuencia, se abrió paso entre una hierba alta que le llegaba a la cintura llamada *lalang*, y con su cuchillo cortó un magnífico trozo de bambú del tamaño preciso para hacer recipientes para agua.

Arrastró la caña hasta su choza y la cortó en trozos que llevó al arroyo. Los puso bajo el agua y los sujetó con piedras. El bambú debe dejarse en remojo varios días hasta que desaparezca su verdor. Entonces se lo puede secar y emplear.

—Podría cortar otra caña —se dijo Nila, mientras afilaba su cuchillo en una piedra que se hallaba bajo su *lankau*—. Hasta podría machacar algunos trozos de bambú para achatarlos. Y luego podría construir una pequeña galería en mi casa. El bambú formaría un piso resistente.

Una vez más se dirigió al monte de bambú pasando entre la hierba *lalang*. Había brotes de toda edad. Algunos eran antiguos y de color amarillo, otros, más nuevos, estaban verdes. Varios vástagos crecían entrelazados en graciosa confusión. En medio del monte de bambú yacía un viejo tronco y los brotes nuevos se habían enredado alrededor de él. Ese tronco debía hallarse allí desde largo tiempo.

Nila subió sobre el tronco, pero resbaló y cayó, quedando con uno de sus brazos cruzado sobre él. *El tronco era un ser viviente*. Nila no gritó. No hizo ningún movimiento apresurado. Tan gran-

de era el temor que la asaltó que le parecía que avanzaba con lentitud desesperante en dirección de su choza. En realidad, sus pies volaban sobre el áspero suelo. Nila corría sin proferir sonido alguno. Hubiera preferido morir en silencio antes que despertar a ese temible durmiente. Trepó hasta su choza y se ocultó en el rincón más oscuro.

Por fin recobró la serenidad y pudo pensar con más calma en su nuevo problema. Se trataba de una gran serpiente, una de las variedades que habita en los pantanos de la nación dayak. Nila sabía que una serpiente como ésa puede matar a un ciervo o a un hombre con un sólo estrujón de su poderoso cuerpo. Luego tritura a su presa enroscándose alrededor de ella. Finalmente cubre el cuerpo con barro y lo traga entero. Si el animal es grande, la serpiente tarda largo tiempo en tragarlo, pero eso no la afecta, pues jamás tiene motivo para apresurarse. Después de una comida como ésa queda aletargada durante un mes y a veces más.

Cuando se despierta, el hambre la impulsa nuevamente a cazar. Así es como vuelve a hacer presa del primer animal que pueda proporcionarle comida suficiente.

—¡Oh, Padre mío! —gimió Nila ansiosamente—. ¡Oh, Padre, moriré en la boca de la gran serpiente!

Pero en ese momento las palabras del canto de Puyi volvieron a iluminar su mente.

—Dios hizo a la serpiente —se dijo pensativa—. Sí, Dios hizo a la serpiente, y Dios está aquí. Estoy segura. Estoy segura.

Nila tenía mucho conocimiento acerca de los animales selváticos. Sabía que después de haber comido, puede observarse un abultamiento en el estómago de la pitón. Ese bulto permanece allí durante largos días, hasta que el animal devorado queda totalmente digerido. La serpiente se despierta cuando el bulto desaparece y sólo entonces se dedica nuevamente a la caza. Nila comprendió qué debía hacer. Debía volver y observar a la serpiente para des-

cubrir si en su cuerpo había o no un abultamiento.

Aferrándose a su nueva fe en el Dios que se halla en todas partes, se dirigió hacia el monte de bambú. Esta vez observó detenidamente a la pitón. Era notorio que la serpiente había permanecido en ese mismo sitio durante muchos días. A su alrededor habían crecido nuevos vástagos de bambú. Algunos eran muy largos e increíblemente fuertes. Y en el cuerpo de la serpiente se podía ver un abultamiento no muy grande pero del tamaño suficiente como para infundirle a Nila cierta tranquilidad. La serpiente no despertaría hasta pasados unos pocos días, dos o tres, a lo sumo. El único modo de comprobarlo consistía en regresar cada mañana para hacer ese mismo examen.

Mientras volvía a su *lankau*, Nila notó que iba recobrando el valor. La serpiente no se iba a despertar ese día. Mientras tanto, ella quizá podría idear algún modo de regresar a su hogar.

—Si tan sólo puedo permanecer continuamente en la desembocadura del arroyo, indudablemente alguien llegará a verme —se dijo.

Se dirigió al arroyo y siguió su curso hasta la desembocadura. El agua del río había bajado y corría impetuosamente. También las aguas del arroyo habían mermado su caudal. Nila estaba de pie junto a las raíces del árbol donde —según pensaba— el cocodrilo blanco tenía su guarida. Tomándose de las raíces con gran cuidado Nila apoyó sus pies firmemente en las piedras del arroyo y se estiró todo lo que pudo para observar las bocas rocosas donde el Batú se unía al río Tatau.

Era de tarde y los grandes árboles arrojaban su sombra sobre el lugar en que Nila se encontraba esperando. La niña se tomó de una enredadera y avanzó un paso más. En ese momento vio que algo había encallado en una roca aguda, precisamente en la desembocadura del arroyo. También oyó el ruido de unos remos en la corriente. El sonido era débil y pronto se extinguió.

Nila casi perdió su apoyo: la enredadera. ¡El objeto detenido

en la roca era una balsa llena de alimentos para los espíritus! Apenas podía dar crédito a sus ojos. No era posible que fuera real. Seguramente la estaban rondando los malos espíritus de ese lugar y le hacían ver objetos inexistentes.

—No. Yo confío en Dios —dijo en voz alta y se sacudió para volver a la realidad.

Se llenó de valor, y soltando la enredadera, se metió resueltamente en el arroyo y se aferró a la balsa cargada de alimentos. Estaba segura de que alguna aldea de la parte superior del río la había llenado de comida y la había dejado ir a la deriva para evitar alguna calamidad. Quizá la habían lanzado al agua los habitantes de su propia aldea. Esa balsa estaba destinada únicamente a los espíritus. No tenía por lo tanto, el fin de aliviar el hambre de niñas perdidas en la selva, en medio de cocodrilos y serpientes. Era tabú.

A pesar de que en su mente bullían todos esos pensamientos, sus manos estaban ocupadas guiando la balsa por las aguas del arroyo, y sus pies buscaban sitios seguros para afirmarse entre las rocas que se encontraban bajo la superficie. Si llegaba a resbalar o a caer podría perder la balsa. Calculó cuidadosamente cada paso hasta que alcanzó las raíces del árbol que se hallaba a la entrada de la cueva del cocodrilo. Pero en ese momento no debía pensar en él. Debía poner toda su atención para llevar la balsa hasta la costa.

—Yo no soy un espíritu —afirmó Nila en voz alta. Quería advertir a todos los espíritus que sabía exactamente lo que estaba haciendo—. Yo no soy un espíritu, pero tengo mucha hambre, y confío en Dios, que es más grande que todos los espíritus.

Prestó atención. Pero no le llegó ninguna respuesta desde la selva. Sólo se oía el zumbido de innumerables insectos que danzaban a la luz del sol, y las voces de las aves que se llamaban unas a otras desde las copas de los árboles.

Sacó la balsa del agua y trasladó todos los alimentos hasta su *lankau*. No se sentó a comer hasta que acabó de transportar la última migaja.

A pesar de tener mucha hambre, no comió con avidez. Se sirvió sólo lo suficiente para calmar los reclamos más angustiosos de su estómago. Además, comió aquellos alimentos que, por su naturaleza, podían descomponerse más pronto. Luego guardó lo que le restaba.

Después de ese refrigerio, aseguró la puerta de su choza con trozos de hojas entretrejidas y zarzas, y se dispuso a dormir. Se sentía mejor que en los días pasados y dejó de preocuparse momentáneamente por la amenaza que constituía la pitón dormida en medio del monte de bambú. Cuando despertó al día siguiente, ya estaba saliendo el sol.

Se dirigió hacia la puerta de su *lankau*, quitó la protección que había apilado delante de ella la noche anterior y contempló la mañana esplendorosa. En su corazón nació una inmensa gratitud. Sí, Puyi tenía razón. Dios está en todas partes y los que confían en él están seguros siempre. Corrió hasta el arroyito para bañarse y luego volvió para comer del delicioso alimento preparado para los espíritus.

El naciente amor que sentía hacia Dios y su antiguo temor de los espíritus batallaban en su mente. Comprendía que únicamente un Dios omnipresente y omnisciente pudo haber enviado a Puyi a su aldea el día preciso de la fiesta. Sin embargo, todas las supersticiones de su tribu parecían agolparse para luchar contra su nueva fe.

Nuevamente reunió valor y se dirigió hacia el monte de bambú para observar a la serpiente. El bulto no era tan grande como el día anterior, pero todavía era visible. El reptil no se despertaría ese día y quizá tampoco el siguiente. Nila partió con cierta tranquilidad para dedicarse a sus labores.

Dio vuelta las cañas que se estaban remojando en el arroyo. Luego empezó a cortar una palmera de sagú con la intención de preparar un poco de ese alimento que aborrecía a

fin de aumentar sus provisiones para que le duraran algún tiempo más.

Así fueron pasando los días. Cada mañana Nila iba a visitar a la serpiente dormida en medio de las cañas. Luego, cuando se aseguraba de que ese día el reptil no iba a despertar, tomaba su baño y procuraba localizar al cocodrilo blanco.

Finalmente, llegó una mañana en la que Nila, al examinar a la pitón, notó que comenzaban a castañetearle los dientes. No podía descubrir el menor abultamiento en el cuerpo del enorme reptil. Hasta le pareció ver que el animal daba señales de inquietud. Aunque todavía estaba profundamente amodorrada, era indudable que se estaba despertando.

Nila voló hasta su *lankau*, abrumada por el mismo terror que la había sobrecogido cuando vio a la serpiente por primera vez.

Casi desfallecía de miedo. Luego le pareció como si una mano tranquila se apoyara en su corazón, y recordó a Dios. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Se sentó sobre su estera y cantó una y otra vez el himno que había aprendido de Puyi:

“Dios está conmigo en todas partes;

estoy seguro, siempre seguro”.

Ya avanzada la tarde, volvió a investigar. ¡La serpiente estaba despierta! Había movimiento en la hierba. Unas aves estaban rezongando en las alturas. Una ardilla parlotaba y retozaba entre las ramas. Todos los pequeños seres de la selva lo sabían.

Ese era el día de la serpiente. Nila recordó la noche en que había llegado a ese lugar, esa noche temible en que se refugió en el árbol de los espíritus del fuego.

—Volveré a ese árbol —exclamó.

Cruzó el claro a grandes pasos y se precipitó hacia el árbol. El sol se estaba ocultando. Trepó por su tronco inclinado sobre las aguas del río. Del monte de bambú le llegaban so-

nidos espantosos: fuertes sacudidas y una voz terrible. Era la voz de un demonio, Nila estaba segura de ello. ¡Ah, cuán insensata había sido al comer el alimento de los espíritus! Sin duda, esa comida estaba destinada al rey de los demonios cuya ira ella acababa de despertar.

Los sonidos fueron aumentando de volumen. La jovencita llegó a la bifurcación de las ramas donde había pernoctado hacía diez días. Las horas fueron pasando en silencio, interrumpido en distintas ocasiones por los sonidos horribles provenientes del monte de bambú.

Al cabo de cierto tiempo Nila oyó otro sonido, un sonido familiar: golpes de remos en la corriente. Un bote se acercaba desde río abajo, quizá viniera en él alguien del fuerte. Al pensar que había gente tan cerca de ella, Nila lanzó un grito de angustia que atravesó la noche y que el eco reprodujo en los bancos más lejanos del río.

Gritó nuevamente, una y otra vez, pero la única respuesta que obtuvo fueron los espantosos sonidos provenientes del grupo de cañas. El bote se había alejado ya. Nila pensó que no era nada extraño, pues los sonidos provenientes de ese lugar considerado maldito bastaban para atemorizar a los más valientes guerreros.

Dejó de gritar y se acurrucó en el refugio que le ofrecía aquel árbol amigo. Sabía exactamente qué iba a ocurrir en los minutos siguientes. Puesto que en su desesperación Nila había gritado, la pitón podía ubicar ahora el lugar en el cual se había ocultado. Vendría, la vería y entonces. . .

Nila se tomó fuertemente con ambas manos de una enredadera que crecía en torno del árbol. La enredadera había formado un arco, una especie de ojal que le ofrecía un asiento más o menos cómodo. Con temor de resbalar y caer Nila se deslizó por él y allí quedó esperando que llegara el día. (Continuará.)=



¿TIENE DIOS
ALGO PARA MI?

Adivino, amigo lector, que el mes pasado te quedaste con el deseo de hacer una pregunta. Quizá hablé demasiado y no te di el tiempo que te correspondía. Seguramente hoy quieres que a ella le dediquemos nuestro espacio; pero. . . aunque es una buena pregunta y merece ser contestada, ¿me permites que la dejemos para el final? No te enfades. ¿Sabes? Es porque he planeado un viaje formidable y te he estado esperando para que me acompañes.

EL GRAN CULPABLE

Esther I. de Fayard

Se agrandan tus ojos grandes.

—¿Viajar? ¿Adónde?

No quiero contestarte. Es una sorpresa. Esbozo una sonrisa para evadir la respuesta, pero tú insistes.

—¡Dígame por lo menos qué vamos a ir a hacer!

Ahora me pongo seria.

—Vamos a salir en busca del Gran Culpable —digo secamente.

—¿El Gran Culpable? ¿Y quién es ése?

—Es el que va a contestar la pregunta en que estás pen-

sando —añado sin más explicación.

—¡Oh! ¡Pero yo no entiendo nada! —protestas enérgicamente— Sentémonos y explíquese!

—¿Te alcanza si te digo que si lees hasta el final. . . ?

Te tomo de la mano porque no hay tiempo que perder. Juntos vamos hasta un amplio andén y nos instalamos en lo que parece un tren supermoderno. Los controles electrónicos han iniciado ya la cuenta regresiva. Las luces rojas dan paso a las anaranjadas, y éstas a las verdes. . . Recién entonces

te explico que. . . ¡estamos en el Túnel del Tiempo! Viajamos al revés. Hacia atrás. . . cada vez más atrás. . . La velocidad es vertiginosa. . . Nos acompaña un guía. El tiempo casi no le da para explicarnos lo que nuestros azorados ojos van viendo: la Revolución Francesa, las Cruzadas de la Edad Media, el incendio de Roma, Alejandro Magno conquistando el mundo para Grecia, los ejércitos medo-persas burlando la seguridad tras la cual se han atrincherado los caldeos, Nabucodonosor paseándose orgullo-

samente por el palacio babilónico, los hebreos construyendo pirámides para los faraones egipcios. . . a Isaac bendiciendo a Jacob. . . ahora Abrahán construyendo un altar. . . Potentes altavoces anuncian que nos acercamos ya a la desembocadura del túnel. La velocidad comienza a disminuir, pero aún hay más para ver. Alcanzas a preguntar:

—¿Y esta espantosa inundación?

—Es el diluvio universal —explica el guía—. ¿Alcanzan a ver el arca de Noé sobre la línea del horizonte?

Vemos después a Enoc. . . El vehículo se detiene. Los altavoces se hacen oír nuevamente:

—Estamos en el Jardín del Edén, estación terminal de este túnel. Nos miramos regocijados. ¡El Jardín del Edén!

El guía nos indica que disponemos sólo de algunos minutos para recorrerlo, porque deberemos emprender la segunda etapa del viaje.

Salimos del túnel y ante nuestros maravillados ojos se abre un panorama de esplendente belleza y de reconfortante quietud. El azul intenso del cielo es marco luminoso para todas las gamas del verde que cubre la tierra, que se trepa con las enredaderas, que se abre en abanico en la copa de los árboles como si infinidad de brazos se levantaran hacia el cielo para darle las gracias a su Creador. . . Mil colores brillantes engalanan las flores que perfuman suavemente el ambiente. Alcanzamos a ver a Adán y Eva. Están ocupados en el cuidado del huerto. ¡Qué hermosos son! No tenemos tiempo de observar los animales. Todos parecen ser muy mansos. Debemos marchar, pero no quieres irte sin preguntarme:

—¿Aquí está el Gran Culpable?

—Aquí, todavía, no.

Volvemos a la boca del túnel. Allí el guía nos ubica en una plataforma rodante, que nos conduce hasta un extraño vehículo, totalmente blanco. Parecen dos gigantescas alas, en cuya unión hay tres asientos en los cuales nos ubicamos. El guía nos indica que debemos ajustarnos los cinturones de seguridad, porque el vehículo es descubierto. Te diriges al guía!

—Nunca he visto un aparato semejante. ¿Ud. sabe cómo se llama? —él sonríe bondadosamente:

—Son las alas de la imaginación, joven. Con ellas llegaremos muy lejos. . . Efectivamente, casi sin darnos cuenta nos estamos alejando de la tierra. Estrellas, soles, galaxias van quedando atrás. ¡Oh! ¡Qué maravilla! Vemos a lo lejos un arco resplandeciente. Las alas se detienen suavemente frente a este portal de mil colores intensos y brillantes. Desde adentro llega una luminosidad tal que la luz del sol se nos ocurre la de una vela. . .

El guía nos presenta a un personaje de rostro bondadoso. El será nuestro guía en la rápida visita que haremos a la morada de nuestro Dios. Nuestro corazón se inunda de santo respeto. Embelesados recorremos las calles de esta ciudad esplendente, de oro bruñido. Nos cruzamos con algunos de sus habitantes. ¡Qué felices parecen ser!. . . Atravesamos un río cristalino y nos detenemos en un jardín maravilloso. Hay muchísimos ángeles reunidos. Vuelves a la carga:

—¿Aquí está el Gran Culpable?

Te susurro: —¡Escucha!

Sobre una prominencia alcanzamos a ver a un ángel hermosísimo. Está arengando a sus compañeros. Usa un lenguaje correcto, pero. . . —¿Por qué dice algunas cosas? Parece no estar conforme con su Creador. ¿Por qué?

El guía te explica:

—Porque ha dado en su corazón lugar al orgullo y la envidia. Ahora quiere ocupar un lugar que no le corresponde.

—¡Oh!, ¿será posible?. . .

El ángel hermoso ha puesto la mirada dura. Incita a la rebelión declarada e invita a quienes desean seguirle se ubiquen a su lado en el promontorio. Más o menos la tercera parte se reúne a su alrededor. El resto se retira. . . Oímos entonces una voz potente como mil truenos que ordena a los rebeldes retirarse del lugar. ¡¡Gue-rra en el cielo!!

Te cubres la cara con las manos temblorosas.

—¡No puede ser!

El ángel guía coloca suavemente su mano sobre tu hombro y reflexiona:

—El orgullo siempre tiene malas compañías, amigo. . .

Tú aprovechas a preguntarle:

—Este es el Gran Culpable. ¿No es cierto?

Tampoco el guía te contesta. Por toda respuesta te toma de la mano y nos conduce hasta el Arco. Allí vemos caer con la velocidad del rayo a los rebeldes. ¡Han sido expulsados! Estás excitado y vuelves a preguntar:

—¿Por qué Dios no los elimina? ¡Van a ir a hacer daño en otra parte!

El ángel te mira con dulzura:

—¿Sabes lo que ocurriría si Dios terminara con ellos ahora? Podría parecer que actúa como el tirano que elimina a quien no participa de sus ideas. Se sembraría la duda en la mente de muchos ángeles que han permanecido leales. Lucifer debe mostrar al Universo cuáles son las verdaderas intenciones que acompañan a sus aparentemente inocentes reflexiones. Es el único camino que asegurará a toda criatura acerca del amor y la justicia de su Creador.

Cruzamos el Arco esplendente. Las alas nos están esperando. Nos despedimos con pena de nuestro ángel guía y comenzamos el regreso. Otra vez los soles, las constelaciones. . . y la estación terminal del túnel. Estamos nuevamente en el Jardín del Edén.

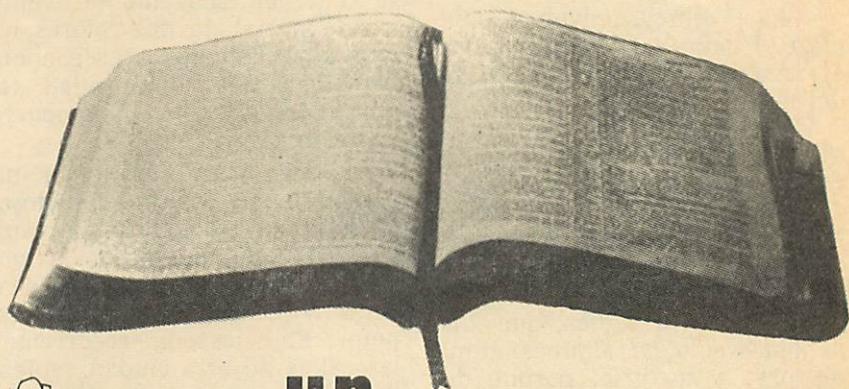
—Aquí vas a encontrar al Gran Culpable —te dice con tristeza el guía que ha quedado esperando nuestro regreso—. Observa.

Por un sendero bordeado de flores llegamos hasta una pérgola. Nos detenemos a cierta distancia, porque advertimos que Adán y Eva están conversando. El guía sugiere que escuchemos con atención.

Eva insiste: —¿No es acaso esta fruta de hermoso aspecto? ¡La serpiente también comió y no murió! ¡Si ella, gracias a este fruto pudo tener inteligencia para saber hablar, seguramente tuvo razón al decirme que nosotros podremos ser como dioses! ¡Me aseguró

(Continúa en la página 22)

La Biblia



un libro diferente



CUANDO EL FAMOSO ESCRITOR INGLES WALTER SCOTT SE HALLABA EN SU LECHO DE MUERTE, CONFRONTADO POR LA SEGURIDAD DE UNA INMINENTE PARTIDA SIN RETORNO, SU YERNO LOCKHART LE PREGUNTO SI PODIA HACER ALGO POR EL. A ESTO, EL NOVELISTA CONTESTO:

—LEEME DEL LIBRO.

—¿QUE LIBRO? —INTERROGO AL PUNTO EL YERNO, PENSANDO EN LA ENORME BIBLIOTECA DEL LITERATO.

—¡EL LIBRO! ¡HAY UN SOLO LIBRO! EL GRAN LIBRO, LA BIBLIA.

DE ENTRE LA INMENSA PRODUCCION LITERARIA Y BIBLIOGRAFICA PRODUCIDA POR LOS MAS PRECLAROS CEREBROS EN EL CAMPO DE LA LITERATURA, DE LA FILOSOFIA, DE LAS CIENCIAS O DE CUALQUIER OTRO RAMO DEL CONOCIMIENTO HUMANA-

Dr. Fernando Chaij

no, hay un libro que es supremo, y que en la perspectiva del tiempo y del espacio sobresale por encima de cualquier otro y de todos los demás libros juntos, como el gran Libro por antonomasia, el Libro de los libros, la Palabra de Dios, la Biblia.

En tanto que las grandes obras maestras de la antigüedad en los distintos ámbitos del saber humano han perdido su actualidad y su importancia, y son hoy leídas sólo por los especialistas, la Biblia, a pesar de sus 30 siglos de vida, es el libro de mayor actualidad en la década del 70. Y a pesar de la indiferencia de las multitudes hacia los problemas de carácter espiritual, es hoy en día el libro de mayor difusión y de mayor lectura.

La Biblia es un libro absolutamente diferente. En tanto que los demás proporcionan información y a veces inspiración, la Biblia —en adición a esos dos beneficios—, otorga poder. Mientras que los demás pueden contener normas elevadas de ética y señalan en qué debemos cambiar, la Biblia es el único libro que concede la fuerza divina para que se realice en el ámbito íntimo del corazón humano la necesaria reforma.

San Pablo escribió: "La Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (Hebreos 4: 12). Y el profeta Jeremías exclamó: "¿No es mi Palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?" (Jeremías 23: 29). Ambos pensaban en el poder dinámico que reside en la Biblia, precisamente por ser la revelación de Dios.

Hay en el ser humano tendencias negativas, más pronun-

ciadas en unos que en otros. También hay personalidades formadas debidas con frecuencia a un medio familiar y social de vicio y de pecado. Sin embargo, cualquiera sea el caso, la Biblia (Palabra de Dios) es como espada poderosa de doble filo que penetra profundamente en el alma con su benéfico poder divino, ilumina la conciencia, aviva el deseo de purificación y superación, y realiza el cambio que ningún poder humano puede producir.

Como semilla llena de vitalidad permanente, la Biblia, como Palabra de Dios, infunde vida. (1 S. Pedro 1: 23.) El principio germinativo poderoso escondido en su intimidad, infaliblemente hace que ella brote y produzca frutos en la existencia, cuando ella es implantada por medio del estudio y la meditación en el terreno de la mente; y lo único que puede empobrecer esa cosecha benéfica y aun anularla, es la voluntad del hombre —ser libre—, cuando ésta se niega a aceptarla e incorporarla a la vida cotidiana.

En cambio, si el individuo la recibe, la acepta, y al encontrar en sus páginas admirables la figura soberana de Cristo resuelve entregarle a él su vida y ser guiado por sus preceptos, esa Palabra asegura el perdón del pecado, protege contra la tentación, cambia los ideales, transforma los hábitos y los gustos, crea una nueva naturaleza, y llena la vida de amor, gozo y paz; de tolerancia, benignidad y bondad; de fe, mansedumbre y dominio propio. (Gálatas 5: 22.) Cambia totalmente el panorama de la vida, y dirige los pasos por caminos diametralmente opuestos a los anteriores.

Como acervo supremo de la verdad, la Biblia ha sido comparada a un yunque indestructi-

ble que ha roto muchos martillos; martillos de falsa crítica histórica, de filosofía engañosa; de pseudociencia; martillos de humanismo y de existencialismo; martillos de falso intelectualismo esgrimidos por la vanidad y el orgullo humanos.

En el cumplimiento admirable de sus profecías milenarias, en la reivindicación evidente de su carácter veraz y auténtico lograda por la arqueología, y en la demostración irrefutable de su poder en la historia de los pueblos y en la experiencia de cientos de miles de individuos, la Biblia comprueba, fuera de toda sombra de duda, su origen inspirado y su procedencia divina.

Y así llega a ser la guía infalible del hombre en una hora de tinieblas y confusión. "Lámpara es a mis pies tu Palabra, y lumbrera a mi camino", escribió David. (Salmo 119: 105.)

La razón por la cual la Biblia es un libro diferente, la razón por la cual es la Palabra de Dios, y por lo tanto un libro de poder, es que traduce en sus páginas admirables la palabra original, la palabra creadora de Dios. Es la revelación del pensamiento y la voluntad de Dios para el ser humano. Muestra el verdadero camino a la felicidad en este mundo y a la salvación eterna. En suma, es un libro diferente porque en su contenido vitalizador, desde la primera página hasta la última, alienta la personalidad extraordinaria del Hijo de Dios, que es la propia imagen de la sustancia divina, el camino, la verdad y la vida.

Dijo San Juan: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (S. Juan 1: 1). Sabemos que aquí el autor inspirado se refiere a Cristo, porque agrega: "Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del

unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad" (vers. 14).

El vocablo griego LOGOS (Verbo), que se usa en las Escrituras para señalar a Cristo, es el que se emplea repetidamente para referirse a la Biblia, como en Hebreos 4: 12, donde dice que el LOGOS es vivo, eficaz y poderoso. En la Biblia existe una significativa similitud de los dos conceptos: "Palabra de Dios" y "Cristo", por la evidente razón de que esa Palabra escrita revela a Cristo. Por eso es poderosa.

De allí la orden de Cristo de estudiarla: "Escudriñad las Escrituras", pues según él mismo lo dijo a renglón seguido, "ellas son las que dan testimonio de mí" (S. Juan 5: 39).

Hay, sin embargo, miles de personas que la estudian y no reciben ningún beneficio. No la estudian con una mente libre de prejuicio, con un espíritu humilde dispuesto a aprender. La analizan para hallar la forma de disecarla, para condenarla, para combatirla.

Es, pues, la oportunidad y el privilegio de cada uno, no sólo leerla para informarse de su contenido, sino "escudriñarla", estudiarla con detenimiento, meditarla y darle cabida en el corazón para que realice su obra maravillosa.

Ella instruye en la ciencia de todas las ciencias, la de la salvación, cuyas repercusiones son eternas. Por eso San Pablo dijo de Timoteo: "Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús" (2 Timoteo 3: 15).

Dios anhela hablarnos en su Palabra. Quien sintonice el receptor de su mente en la frecuencia del cielo, escuchará su voz y descubrirá en las páginas de la Biblia a Jesús. Si está dispuesto a prestar atención a la invitación divina y a seguir a Cristo, hallará la solución de todos sus problemas, la felicidad en este mundo y la seguridad de un gozo eterno en el reino de Dios.=

¿VELOCIDAD O CONSTANCIA?

(Viene de la página 3)

El resultado mostró lo siguiente: El que debía andar más aprisa llegó a destino con

menos de una hora de diferencia sobre el otro. Pasó a muchos coches y muy pocos lo pasaron a él. Frenó y aceleró muchísimas veces; por lo tanto, gastó más frenos y combustible que el segundo. Y el conductor llegó más cansado por la tensión nerviosa del viaje. En definitiva, se llegó a la conclusión de que correr más de la cuenta no es lo más ventajoso para el automovilista.

En la vida tampoco se pueden quemar etapas impunemente. El secreto para llegar consiste en avanzar siempre, no importa cuán poco aparentemente sea.

Para terminar, ¿cómo anda tu progreso hacia donde quieres llegar? =

EL GRAN CULPABLE

(Viene de la página 18)

que no moriremos! ¡Cómela, Adán. . .!

Extiende su mano. A él le tiembla la suya cuando toma el fruto prohibido. Sabe que la desobediencia es pecado y que el pecado conduce a la muerte. Pero. . . ¡ama tanto a Eva. . .! La fruta parece una bola de fuego en sus manos indecisas. . . Finalmente toma su determinación: recorrerá junto a su compañera el sendero que lleva a la muerte. Come. Se ha roto el dique que contenía la entrada del pecado. ¡La humanidad entera tendrá que sufrir las consecuencias de este momento dramático!

Las primeras estocadas del pecado no se hacen esperar. Adán y Eva tiemblan al advertir su desnudez. Tiemblan al oír la voz de Dios que los llama. Tiemblan al verse en la necesidad de confesar lo que han hecho. Tiemblan por las consecuencias. . . Lloran sin consuelo mientras los vemos alejarse para siempre de su hermoso hogar.

Te vuelves al guía y le dices sin titubeos:

—¡Ellos son el Gran Culpable! ¡Estoy seguro. . .! pero hay algo que no puedo entender: ¿Por qué Dios les permite seguir viviendo? ¿No sería una medida de misericordia eliminarlos y empezar de nuevo, para evitar la muerte a toda la raza humana?

—Con respecto a tu aseveración —acota el guía—, induda-

blemente ellos tienen su parte de culpa, pero te aseguro que no son el Gran Culpable. Ya lo vas a entender. En cuanto a tu pregunta, ¿te gustaría ser manejado como un títere? Dios te hizo inteligente y libre, y respeta tus determinaciones, aunque sean equivocadas. Obrar de otra manera sería ejercer un poder autoritario. Este es el principio aplicado por Dios en el caso de nuestros primeros padres.

Amigo lector: hemos llegado al final de un viaje imaginario y al principio de un drama que lleva ya casi seis mil años de existencia. En Lucifer, en Adán y en Eva encontramos un común denominador: el pecado. ¡El es el Gran Culpable! ¡Todas las miserias de todos los tamaños tienen en él su origen!

Demasiado a menudo procuramos tranquilizar nuestras conciencias manchadas poniendo la culpa de nuestras desgracias sobre los hombros de un ángel rebelde. Sí, él dio rienda suelta al orgullo y a la ambición, pero. . . ¿no lo hacemos también nosotros?

Otras veces nos sentimos víctimas de la desobediencia de Eva. Sí, ella se dejó llevar por el engaño. . . ¿como tantas veces nos ocurre a nosotros. . .!

¡Adán! También es cierto que él no debió ceder. Su error fue poner el amor a su esposa antes que su lealtad a Dios. ¡Cuántas veces los que hoy nos llamamos cristianos hacemos lo mismo! Primero el dinero, después Dios; primero las diversiones, después Dios; primero yo, después Dios. . .

¿Está contestada tu pregunta, aquella que querías hacer al principio? ¿Entiendes ahora la razón de la aparente contradicción entre un Dios que te ama, que te hace llegar su Carta de amor, y una humanidad que sufre horrores?

Sí, amigo mío. El pecado es el gran culpable, y en la medida en que tú y yo nos identifiquemos con él, lo seremos también.

Vuelven a agrandarse tus ojos grandes.

—Anduvimos tanto para encontrar al Gran Culpable y resulta que lo tenemos metido adentro de nosotros ¿Será nuestro destino eterno convivir con él? (Continuará.) =